



BIENAVENTURADA LA QUE HA CREÍDO (HABLEMOS DE MARÍA 2)

Bienaventurada la que ha creído. Esta es la segunda charla de ese cursillo sobre María que hemos titulado *Hablemos de María*. La anterior, la primera charla, tuvo como título *Llena de gracia*, y esta segunda reflexión tiene como título *Bienaventurada la que ha creído*, es decir, que vamos a hablar de la fe de María, en esta oportunidad. Ojalá seamos capaces de sacar muchas enseñanzas y aplicaciones prácticas para nuestra vida. Como ya dije al iniciar esta serie de *Hablemos de María*, me sirvo, fundamentalmente, de un libro de Raniero Cantalamessa que tiene como título *María, espejo de la Iglesia*, y decíamos en la introducción que María es una carta que Dios ha escrito al mundo, a cada uno de nosotros. Ella es la carta para mostrarnos el camino de la santidad, entonces obviamente vamos a seguir leyendo con atención esa carta, como es obvio.

¿Dónde está la grandeza de María? En **su acto de fe**, eso es lo que yo hoy quisiera subrayar en esta charla: *Bienaventurada la que ha creído*. La grandeza de María está en su acto de fe. ¿Cómo es posible que ella sea la persona más invocada en la historia? "Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones" y ciertamente así es. Hoy mismo habrá habido millones de personas que han dicho "Dios te salve, María"; no habrá nadie más invocado hoy que ella en todo el mundo. Esa profecía, "desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones", se cumple cada vez que rezamos el rosario o que decimos un Avemaría. Lo curioso es que los vecinos de María, sus familiares, no hubiesen sospechado esto, no hubiesen sido conscientes de que estaban conviviendo con alguien excepcional, no se hubiesen enterado y no hubiesen sospechado que estaban junto a la persona que iba a ser más invocada en la historia. Lo increíble es que la grandeza de María convive con la más absoluta sencillez y sobriedad. Y esto es así porque la obra más encomiable que María realizó fue sencillamente la de pronunciar con absoluta autenticidad aquella expresión: "He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra".

Es decir, lo grandioso de María es su acto de fe, tan pleno como sencillo. Fue el mayor y más decisivo acto de fe de toda la historia de la humanidad. De hecho, cuando Isabel se encuentra con María en la visitación, esto es lo que le dice: "Dichosa tú que has creído", la ensalza por ello. Esa fe es la clave que hace que la maternidad de María no sea solamente física, sino espiritual, tal y como San Agustín dice. Hay un texto de San Agustín que ha sido muy potente a lo largo de los siglos en la mariología; San Agustín dice: "La Virgen concibió creyendo, de modo que concibió a Cristo antes en su corazón que en su seno". Este acto de fe de María es la cúspide y el modelo de la actitud de todo creyente. Todos estamos llamados a tener una fe en Dios como la tuvo María; es

la verdadera religiosidad el que alguien delante de Dios diga: "Hágase la voluntad de Dios, le doy fe, doy fe".

Fijaros hasta qué punto ella es el modelo de la verdadera religiosidad que hay un Padre del siglo tercero, que se llama Orígenes, que describe en qué consiste esta actitud que tanto ensalzamos en María. Dice: "Aquí estoy, soy una tablilla encerada, escriba el escritor lo que quiera, haga de mí aquello que el Señor quiera". En una tablilla encerada, en aquel tiempo, se escribía con una cera. Es decir, diríamos hoy en día: "Soy un papel en blanco, que Dios escriba", lo diríamos con nuestro tiempo. María es un papel en blanco que le dice a Dios: " Señor, escribe". Es cierto que María le hizo una pregunta al ángel: "¿Cómo será eso, pues no conozco varón?", pero estaríamos muy equivocados si interpretásemos esa pregunta como signo de duda. Nada que ver la pregunta de María con la que hizo Zacarías por la que fue castigado quedándose mudo. La pregunta de Zacarías era muy distinta: "¿Cómo puedo estar seguro de esto?", dice Zacarías. Él duda del anuncio que ha recibido, de que Isabel pueda quedar en cinta, no se lo cree. María, sin embargo, cuando dice "¿cómo será eso, pues no conozco varón?", ella no pide una explicación para comprender, sino para saber cómo va a cumplir la voluntad de Dios. Su pregunta se refiere a cómo deberá de comportarse ella, qué tendrá que hacer, dado que no conoce varón. Por cierto, María nos está enseñando con esto que la verdadera religiosidad no es la que pretende conocer a toda costa la voluntad de Dios, que es un misterio que se te escapa, sino la que pide luz para llevar la voluntad de Dios a efecto. ¿Qué tengo que hacer para llevar a efecto la voluntad de Dios, para cumplirla, para vivirla?

En definitiva, el *Fiat*, el "hágase" de Dios que pronuncia María, es pleno y sin condiciones. Es importante que aprendamos a admirarlo y que aprendamos de ese acto de fe, de ese "sí" de María. El "sí" de María está llamado a representar a toda la humanidad que acoge la voluntad de Dios. Es el Amén, el Amén de Dios, de la creación a Dios; es un "sí" reparador de la negativa de Eva. Eva dijo "hágame" y María dijo "hágase". En el fondo esta es la diferencia. Nuestro pecado es un "hágame": yo quiero las cosas a mi manera, según mis planes; esa es nuestra pelea, la pelea que tenemos con acoger la voluntad de Dios porque tengo mis planes, tengo mis ideas, tengo mis proyectos. Eva dice "hágame" mientras que María dice "hágase", que sea lo que Dios quiera. Por ello a María le llamamos la madre de todos los creyentes. Se puede decir: Abraham es nuestro padre en la fe y María es la madre de todos los creyentes. Ahora hablaremos de por qué nos referimos a Abraham y a María.

Quiero decir una cosa más: que la fe de María ha sido **una fe probada**. Dios no oculta las dificultades cuando nos pide que le sigamos. Dios nunca engaña, al contrario del tentador que todo te lo pone bonito por delante. El mismo Jesús dice: "El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga". Él no oculta las dificultades, y con María pasa algo por el estilo, porque el anciano Simeón le profetiza: "Y a ti una espada te traspasará el alma". Y, de hecho, tras la Anunciación, María tuvo que experimentar la prueba de la fe en su soledad, porque María vive en soledad ese anuncio que ella ha recibido. ¿A quién se lo va a explicar? ¿Quién le va a creer que ella va a concebir por obra del Espíritu Santo? Ella creyó en total soledad; es una fe que está siendo probada. Creyó plenamente, no demoró su decisión. No dijo "bueno, voy a ver las cosas, a ver cómo se desarrollan, veamos a ver lo que sucede, a ver si es verdad, a ver si voy viendo síntomas de embarazo, a ver cómo se desarrollan las cosas...". No, María no procede así; hace un acto de fe pleno y esa es la grandeza de

María. De hecho, esto puede explicar por qué se puso inmediatamente en camino hacia la montaña en el mismo momento en que recibe la Anunciación, porque cómo se iba a poner a dar explicaciones a nadie. Cree en su soledad y se pone en camino sin haber hablado con nadie, y se lleva la sorpresa de que al encontrarse con Isabel, ella, Isabel, había recibido la luz de Dios para reconocer que ese embarazo que traía María era por obra de Dios.

Un matiz importante: no deberíamos pensar nunca que la prueba de fe de María se concluye en el momento de la Anunciación; no, la prueba de la fe de María se extiende a toda su vida. Toda su vida es una peregrinación en la fe, y su fe está siendo probada. Si decimos que Jesús fue tentado, os acordáis de las tentaciones de Jesús en el desierto, no es de extrañar que María también tuviese tentaciones en su vida, aunque no queden recogidas en los evangelios como las tres tentaciones de Jesús, muy probablemente claro que las tuvo. Y, de hecho, fijaros en el libro del Apocalipsis, capítulo 12: *"el dragón persigue a la mujer que había dado a luz"*, intenta ir a por ella, y de hecho dice el texto del Apocalipsis que se le entregó a la mujer dos alas para que escapase de ese dragón. Que, por cierto, una de las sorpresas que me he llevado yo recientemente, en septiembre, es que estuve en Quito en el Congreso Eucarístico Internacional y de repente allí, en Quito, descubrí que hay una grandísima imagen, en un montecillo que se llama "El Panecillo" desde el que se ve todo Quito, y yo vi aquella imagen y dije: "San Miguel", y me dijeron: "No, San Miguel no, es la Virgen María". Dije: "¿pero cómo María si tiene dos alas? Es que es la Virgen alada". "¿Cómo la Virgen alada? ¿Usted no ha leído el libro del Apocalipsis, capítulo 12, cómo a esa mujer se le dieron dos alas para que huyese del maligno?". Y dije: "Anda, pues yo no me había fijado en eso". Ahí se le venera a ella, a María, con dos alas y sujetando con una cadena al dragón. Es decir, que ha habido una lucha.

Por lo tanto, es muy fácil suponer que la batalla que vivió Jesús contra Satanás también la vivió María en una fe probada, en una fe que durante toda su vida combatió contra las tentaciones del maligno. Al igual que Jesús, ella ha sido probada, en todo igual que nosotros, menos en el pecado. Eso dice Hebreos 4, 15 de Jesús, y lo podemos, obviamente, aplicar también de María. Es hermoso pensar cómo María y José se ayudarían para afrontar juntos las pruebas de la fe, por ejemplo en la huida a Egipto. Qué importante es alentarnos mutuamente con el testimonio de los demás para vivir la batalla de la fe que tiene que vivir cada uno en su vida.

Entonces, estamos hoy hablando de la fe de María y quiero subrayar **el gran mérito** que tiene el "sí" de María. ¿Cuál es el gran mérito de María? Su fe, ese es su mérito, su fe. A nosotros nos parece que el mérito es el hacer obras que sean costosas, si alguien se sacrifica, si alguien hace obras de caridad... eso tiene mérito. Nos cuesta entender que el acto de fe pueda tener un mérito y, sin embargo, fijaros, es el mérito principal de María. Nos acordamos de Abraham, a quien llamamos nuestro padre en la fe. Cuando a Abraham se le prometió un hijo a pesar de su edad avanzada, la Escritura dice, en Génesis 15, 6: *"Creyó Abraham en Dios, el cual se lo reputó por justicia"*. Es decir, se lo valoró como santidad. Abraham creyó y Dios se lo valoró como santidad ("se lo reputó por justicia") es el significado de esta expresión. Si eso se dijo de Abraham, ¿cuánto más cabe decir de María? Creyó María y Dios se lo reputó por justicia, Dios le valoró la santidad que supone ese "sí" incondicional que dio a Dios.

Es cierto que el "sí" de María no solo es un acto humano de ella, sino que también está asistido por el Espíritu Santo, eso es verdad. La Escritura dice que nadie puede decir "Jesús es Señor" si no es por la gracia del Espíritu Santo, y lo mismo podemos decir del *Fiat* de María. Ella está asistida por el Espíritu Santo, pero la acción del Espíritu Santo no quita el mérito de María, sino que lo posibilita; el "sí" de María es plenamente libre. Y, de hecho, el *Fiat* de María es meritorio porque María lo pronuncia con alegría, es un vivo deseo, no es una simple aceptación resignada. Es importante saber que el verbo griego (sabéis que el Evangelio, en su original, está en griego), el verbo griego que expresa ese "hágase" en griego es «génoito», está en un tiempo optativo, que quiere decir que no cabe la interpretación de que resignadamente dijo "hágase" porque, también se puede decir "hágase, que no tengo más remedio, trágatelo". O sea, uno podía decir la expresión "hágase" como diciendo "como no tengo nada que hacer, pues que sea". Pero no cabe esa interpretación en el tiempo verbal en que está escrito en griego. Es un vivo deseo, es un "hágase, que sea", es un Amén de María que significa obediencia alegre, deseada. Su traducción sería: "así es y así será". María es la personificación del Amén, del Amén a Dios que todos estamos llamados a pronunciar.

No sé si conocéis una expresión de San Agustín, que también se ha hecho muy conocida, que dice: "En el cielo dicen Aleluya los que en la tierra han dicho Amén". Dice él: los que en la tierra han dicho "Amén", que se haga la voluntad de Dios, son los que están llamados a decir "Aleluya" en el cielo. Amén y Aleluya están muy unidos, no se puede decir Aleluya sin haber dicho Amén. Así se canta el Aleluya cuando uno ha pronunciado plenamente el Amén: que sea la voluntad de Dios, pero es que además la deseo, deseo más la voluntad de Dios que el cumplimiento de mis sueños vanos. Por lo tanto, ese es el gran mérito de María, el sí. Y entonces eso a nosotros nos tiene que hacer reorientar dónde está la verdadera religiosidad. Tenemos que ir tras las huellas de María; decimos que nuestra fe es apostólica, pero antes de la fe de los apóstoles estuvo la fe de María, no lo olvidemos. Entonces nuestra fe es apostólica y es mariana, y es importante que caigamos en cuenta que María es **nuestro modelo de fe y de esperanza**.

Os voy a decir algo que igual a alguno le va a sorprender. Nosotros no decimos que Jesús es nuestro modelo de fe, sino que Jesús es nuestro modelo de caridad, pero Jesús no es nuestro modelo de fe o de esperanza. Jesús no tiene fe, Jesús es una persona divina, por tanto la relación que él tiene con el Padre no es de fe. En ese sentido, Jesús no es modelo de fe, María es modelo de fe; esto es interesante que caigamos en cuenta. La fe es una relación entre Dios y el hombre, y Jesús es una persona divina, no solo es hombre, es persona divina. Por ello no se puede hablar propiamente de fe y de esperanza en Jesús, a no ser que utilicemos la palabra fe o esperanza en un sentido más analógico, como la confianza en el Padre; en ese sentido se podría entender, pero no en el sentido propio de la palabra fe. Por ello, es tan importante que invoquemos a María como nuestro modelo de fe y de esperanza. Intentamos guiarnos por ella en la fe; seguimos las huellas de María cuando hacemos un acto de fe y de esperanza. Ella nos enseña la importancia de la fe. No hay gracia si no se encuentra una fe que la acoja. Nos salvamos por la gracia de Dios, pero hace falta una fe que la acoja. Luego, en el fondo, la salvación está trazada por dos palabras: fe y gracia, o digámoslo mejor: **gracia y fe**. Lo primero es la gracia, pero tiene que ser acogida al igual que la lluvia necesita tierra que la acoja. La gracia de Dios necesita una fe que la acoja; son como los dos pies para caminar, gracia y fe, gracia y fe, las dos alas que necesitamos para volar. Por eso, por cierto, las dos primeras charlas de este cursillo que estamos dando, *Hablemos de María*, la primera fue *Llena de gracia* y la

segunda es *Bienaventurada la que ha creído*. O sea, gracia y fe; es como el resumen de la vida cristiana.

Entonces, tras las huellas de María, nosotros estamos llamados a creer. Nosotros estamos llamados a decirle a Dios con las mismas palabras de María: "Aquí estoy, soy tu siervo, hágase en mí según tu palabra", digo Amén a tu proyecto, a tu voluntad, te cedo la iniciativa de mi vida, lleva tú las riendas de mi vida... Eso es el acto de fe. Nuestro sí, nuestro Amén, nuestro Fiat, nuestro credo es clave para que el plan de Dios no se frustre. De hecho, la historia de la salvación es como una concatenación de síes, de Fíats. El primer Fiat es cuando Dios dijo "hágase" y el mundo fue; el segundo es cuando María dice en la Encarnación "hágase" y Dios viene al mundo; el tercero es cuando Jesús en Getsemaní dijo: "Que no se haga mi voluntad, sino la tuya" y es acoger también la cruz, la redención; y el cuarto, ¿cuál es? El primero, la creación: "hágase"; el segundo, el de la Encarnación; el tercero, el de Getsemaní; y el cuarto, ¿cuál es el ? El cuarto es el nuestro. Cuando en el Padre Nuestro decimos "hágase", o sea, cada vez que rezamos el Padre Nuestro estamos llamados a pronunciar nuestro "hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo". Lo que María dijo en la Encarnación nosotros lo estamos verbalizando en la oración del Padre Nuestro; estamos pronunciando el "hágase". Por eso es tan importante rezar bien el Padre Nuestro. El Padre Nuestro es como acoger tú lo que es la esencia de la religiosidad que María nos ha enseñado a tener.

Tengamos en cuenta que hay una gran diferencia entre el Amén pagano y el Amén cristiano. El Amén pagano, a lo sumo, subraya que el hombre está llamado a aceptar su destino: "Es inútil que te reveles frente al destino de Dios, todo está escrito, agacha la cabeza y traga": ese sería el Amén pagano. Pero el Amén cristiano es abandonarse confiadamente en las manos de un Padre que sé que me quiere. El Amén cristiano es la oración, la famosa oración de San Carlos de Foucauld, ¿la recordamos?:

"Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras, lo que hagas de mí te lo agradezco, estoy dispuesto a todo, lo acepto todo con tal de que tu voluntad se haga en mí y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Dios mío. Pongo mi vida en tus manos, te la doy, Dios mío, con todo el amor de mi corazón porque te amo y porque para mí amarte es darme, entregarme en tus manos sin medida, con infinita confianza porque tú eres mi Padre".

Eso es lo que María nos enseñó a hacer y es lo que Jesús nos entregó en la oración del Padre Nuestro. Es tan importante para que nuestra religiosidad sea verdadera que pronunciemos ese decir: "Señor, que confío en ti, que digo Amén a tu voluntad, a tu proyecto, que soy un papel en blanco, escribe tú". Es tan importante. Sin eso en esta vida, fijaros bien, uno puede hacer muchas cosas por amor propio, por buscarse a sí mismo, por sentirse realizado, pero en el fondo no son salvíficas, porque no está realizando el acto de confianza en Dios, de abandonarse a Dios, se está buscando a sí mismo en las cosas que hace. Por lo tanto, queridos hermanos, creo que esta es la clave y posiblemente por nuestra falta de fe no damos el fruto que debíamos de dar.

Acordaros de algún pasaje, como el de Mateo 17, 20. Después de que Jesús hubo expulsado el espíritu maligno de un muchacho, los discípulos le preguntan a Jesús por qué ellos no habían sido capaces de expulsarlo. Y Jesús responde: "Por vuestra poca fe; os ha faltado fe para expulsar al maligno, por vuestra poca fe". Con lo cual, la clave

está en que seamos conscientes de que la gran petición que tenemos que dirigir a Dios es aumentarnos la fe. Yo fui párroco, durante 20 años de un aparcamiento en Zumárraga, en el País Vasco, y tenía una ermita de la Virgen maravillosa, se llamaba la ermita de La Antigua, y era una ermita que había momentos en los que, cómo decirlo, estaba llena de velas rojas encendidas que las madres y las abuelas ponían. ¿Y cuándo solía ser eso? en la época de exámenes, era aquel un tiempo en que todavía yo creo que los niños tenían la fe para decir a su abuela "reza por mí, porque estamos de exámenes". Entonces, llegaba la época de exámenes y estaba la ermita a tope de velas y yo decía: "Ya ha llegado la época de los exámenes". Entonces, en una ocasión yo, predicando, dije (dice San Pablo que pidamos los dones superiores) : "Es increíble tanta vela, está bien porque Jesús nos dice que pidamos con confianza de hijos, pero me gustaría saber cuántas velas se han encendido pidiendo que se aprueben los exámenes y cuántas velas se han encendido diciendo 'Aumentarnos la fe'". Entonces, quizás, el no darnos cuenta de cual es el don superior y donde verdaderamente nos la jugamos, porque donde nos la jugamos es en nuestra fe y en nuestra esperanza de que yo acoja la salvación de Dios. Ahí nos la jugamos. Me acuerdo que hice ese comentario y la gente se reía como diciendo: "Madre mía, porque ¿cuántas velas hemos encendido pensando en los exámenes y cuántas hemos encendido diciendo: "Señor, aumenta mi fe, aumenta mi esperanza, aumenta la caridad"

Yo concluiría diciendo que el sí de María, el acto de fe de María, es también nupcial. ¿Qué quiero decir con eso? María es un signo, una primicia de las bodas de Dios con nosotros. Dios se casa con Israel, Dios se casa con el pueblo de Dios, ha hecho desposorio con su Iglesia. Dice Oseas 2, 22: "Te desposaré conmigo para siempre, te desposaré conmigo en fidelidad". Y cuando alguien se desposa, ¿qué se suele hacer? Se le pone un anillo. ¿Y ese anillo quién es? es María. La fe de María es como el anillo nupcial de estas bodas de Dios con nosotros. Dios se desposa con nosotros, pero para que ese desposorio quede con un signo, te pone el anillo, y es el anillo de María, porque ella está custodiando esa alianza, esa alianza de desposorio de Dios con nosotros. Entonces, en María tenemos que ver el anillo que Dios nos entregó para decir: "esta alianza de amor que hago con vosotros tiene este signo, tiene esta alianza hecha en María". Por eso le decimos a nuestra Madre, que es la madre del "sí", que custodie nuestra fe, que sea madre de nuestra fe, que nos ayude a crecer en la fe, en la esperanza y en la caridad.